

No, a los párrafos que enjuician libros

Entrevista con Vicente Leñero



Vicente Leñero

—¿Cuál es la función de la crítica?

—Hay dos funciones que son muy importantes y que se engloban generalmente en una sola. Lo que llamamos nosotros crítica, referido a literario, es el análisis de las obras y, al final de cuentas, un movimiento literario de una corriente literaria o de un momento en la literatura; es el análisis, el explicar qué son las obras en su sentido más profundo. Y otro, el posterior, el inmediato, el que de momento surge como más importante, que es informar de las obras. Nosotros en México estamos acostumbrados a confundir reseña con crítica. Para mí son dos géneros muy diferentes: no porque sean dos patrones ya preconcebidos como géneros, sino porque tienen dos funciones muy diferentes: el de la reseña, que es el que generalmente se cultiva en México, que está orientado o debería estar orientado a poner los libros delante del lector, aproximárselos, que sepa de qué tratan, hacérselos antojadizos, dar la noticia del libro, señalar sus principales características y, normalmente, eso se dice en poco espacio; el otro, dedicado ya al análisis más profundo, más intenso, más crítico de las obras literarias. En México creo que se confunden mucho estos términos y por eso se puede hacer un juicio muy crítico de la crítica. La reseña, sin el aparato analítico suficiente, sin la calma que necesita un estudioso de la literatura adopta las características de juicio. ¡De pronto, en dos párrafos se enjuician libros! Creo que ahí es donde se pervierte mucho la función, y ahí es donde se cae dentro de los vicios de la política cultural existente.

—¿Es entonces la crítica literaria en México una crítica improvisada?

—Sí, justamente porque se hace crítica en las reseñas. Yo creo que para fundamentar una crítica se necesitan una serie de razonamientos que difícilmente se pueden desarrollar en el breve espacio que está destinado a las reseñas bibliográficas. La mayoría de los reseñistas o de los críticos para mí adolecen de varios defectos: uno es su punto de

partida de no considerar los puntos de vista, las premisas de las que parte el escritor. Yo creo que son muy discutibles siempre, muy polémicos los puntos de vista de los que parte un escritor en comparación con otro. Entonces, cuando el crítico ha concentrado sus premisas literarias sin fundamento y las contrapone con las que establece un escritor, se está hablando un lenguaje cruzado y así se hacen juicios muy superficiales, muy de escuela primaria. Parecería que los reseñistas o los críticos tienen la preocupación de calificar las obras y además parten del principio de que el lector no tiene juicio propio, que no tiene sus propios principios o su propia estructura literaria: sus propias apetencias o desapetencias literarias y se le previene con juicios anticipados.

—¿Ud. piensa que el crítico literario influye en el lector?

—Sí, yo creo que influye negativamente. Cuando el crítico literario, cuando el analista literario tiene tiempo para explicar sus motivos y sus puntos de vista subjetivos, contrapuestos a los puntos de vista subjetivos del escritor, el lector tiene el aire suficiente para darse cuenta y para formarse una opinión más personal; pero cuando eso se hace apuradamente, o en muy poco espacio, sin fundamentar (el espacio no es lo importante sino la fundamentación), entonces el lector se queda ante la opinión tajante de rechazo o aceptación del reseñista.

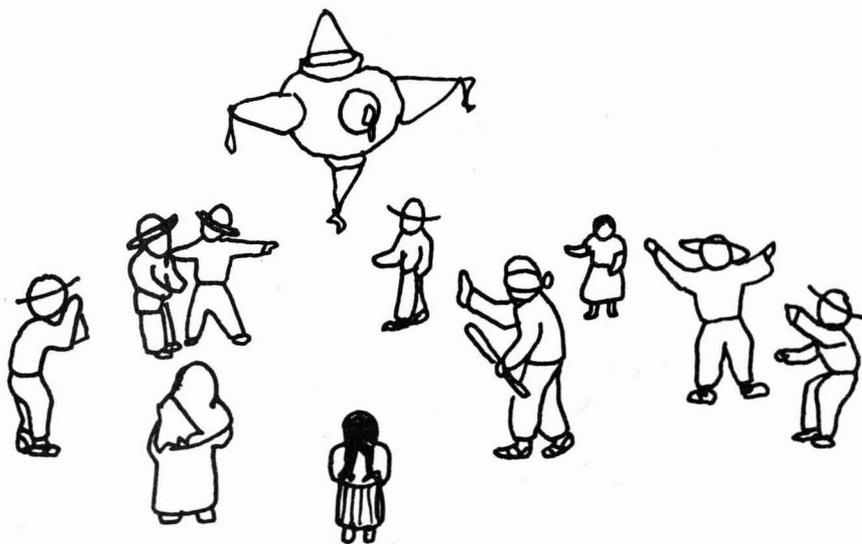
—¿Para hacer una crítica literaria bien fundamentada sería necesario saber historia de la literatura?

—Creo que por lo menos si conocer algo de historia de la literatura, no estrictamente por la historia en sí, sino porque la literatura es tan cambiante, tan compleja, parte de tantos principios, hay tantas formas de entenderla históricamente... Por decir algo muy esquemático: si el crítico le da mucha importancia al argumento y el escritor le da mucha importancia a la forma no se van a entender jamás. Pero si el crítico conoce algo de historia de la literatura tiene una visión mucho más general de las diferentes posiciones que se pueden adoptar dentro de la literatura. Yo creo que en la literatura mexicana los escritores son tan disímbolos, tan variables, tan diferentes. Parece ser que los críticos no lo toman en cuenta y entonces parten de sus propios principios y no de los principios del escritor; no conocen mucho de la literatura mexicana y sobre todo no conocen o no parece que conozcan lo que es el fenómeno de escribir... A mí me duele mucho... De pronto leo algunas reseñas y me dan una pena espantosa. Recuerdo una en relación con un libro de Pedro Orgambide que apareció hace poco, donde en dos párrafos lo hacían pedazos, porque el crítico que la hizo, que es un hombre muy comprometido con los problemas sociales, partía de lo que a él le preocupaba; lo estaba juzgando a la luz de sus principios, estaba desubi-

La crítica no es necesariamente censura en el sentido ordinario. La crítica también encomia y aplaude. Más aún, explica el encomio y enriquece el disfrute. Desentendámonos, pues, de la controversia entre lo que hay de menos y lo que hay de más en la crítica. La esencia de los entes se revela en su función constructora. Admitamos provisionalmente que, cuando la crítica niega, es porque la creación no se sostiene, es porque la creación no existe. De lo contrario no estaríamos ante la crítica, sino ante la falsa crítica.

Alfonso Reyes
"Aristarco o la anatomía de la crítica", 1941





cando al escritor y por lo tanto estaba juzgando muy mal. No hay un conocimiento de lo que es hacer literatura, de lo que es el fenómeno de escribir. A mí me da la impresión que a los críticos literarios no les gusta la literatura... Hay una especie de desamor que en realidad es falta de preparación en gente que puede ser muy erudita, muy conocedora, pero falta de preparación del fondo de lo que es el libro. Me refiero a la creación, a lo que el escritor está buscando al escribir el libro. No profundizan hacia esos niveles. Dicen que muchas veces las mejores críticas las hacen los escritores... Claro, los críticos se sienten obligados a hablar de todo lo que se publica; el escritor lo hace de los libros que le interesan.

—¿Esto está relacionado con una política de venta?

—Y con una política cultural también. Yo creo que de algún modo padecemos una política cultural que normalmente se hace en torno a las instituciones o en torno a las publicaciones, y los que trabajan en esas publicaciones sirven un poco a los intereses expresos o implícitos de esos grupos. Durante mucho tiempo lo vivimos en México, cuando Fernando Benítez controlaba, por así decirlo, a un sector muy amplio de los escritores, los mejores escritores que había entonces en México por los años sesentas; pero creo que se cometieron injusticias terribles en ese tiempo con los que no participaban de esa política cultural. Yo señalo dos injusticias que a mí me parecieron garrafales y que luego el tiempo ha hecho más notorias, a Jaime Sa-

bines en poesía (¡Jaime Sabines no existía en la poesía mexicana!), y a José Revueltas que se le “ninguneaba” en una forma espantosa. Entonces no es que esa política cultural haya estado equivocada en sus valores más fundamentales, pero sí cometió muchas injusticias, no por razones literarias, sino por razones de política cultural. Esto sucede porque no se pertenece al grupo, o no se está dentro de su círculo, de su ámbito, de su medio, o incluso no ya por estas razones que podrían parecer mezquinas, sino por razones de intereses.

—¿Y esto sucede todavía?

—Yo creo que sí sucede. Claro, al romperse un poco los grupos monolíticos y al diversificarse más, creo que se amplía mucho el campo de acción. A mí me parece que en una comunidad cultural como la nuestra las diferentes opiniones son muy saludables, siempre y cuando no sean dogmáticas. Los escritores o los intelectuales en México somos muy dogmáticos. Al manifestar diferentes corrientes, diferentes actitudes, creo que se enriquece mucho la vida cultural de un país; algo de eso está sucediendo en México y aunque se formen, por llamarlo de algún modo, mafias, al surgir más grupos que no tengan las mismas opiniones, la vida cultural se diversifica, se enriquece; se crea una vida cultural más plural, más polémica.

—¿Usted ha tenido alguna influencia positiva de la crítica?

—Yo tengo personalmente una experiencia muy dolorosa de la crítica. Recuerdo que cuando empecé a publicar, el padre de la crítica en México era Emmanuel Carballo, muy inteligente, muy capaz, al que después conocí personalmente. Yo venía de un medio muy alejado al medio cultural; había estudiado ingeniería y siento que me costó mucho trabajo. Cuando escribí *Los albañiles*, a través de Ramón Xirau que era muy amigo mío, la llevé al Fondo de Cultura Económica. En aquel entonces publicar en Letras Mexicanas era lo máximo a lo que podía aspirar un escritor. Xirau me recomendó con Alí Chumacero; a él le interesaban mis cosas y entonces pensé que no tendría problema. Iba a ser mi gran lanzamiento personal; yo estaba jubiloso, feliz. Pasó un año sin que me contestaran. Al año me devolvieron el libro diciéndome que había muchos libros por publicar (los pretextos que siempre pone una editorial; algunos debe poner para no deprimirlo a uno mucho). A mí me costó mucho trabajo entender eso; me daba cuenta de que me estaban retrasando el libro; yo pensaba que no era tan malo; sobre todo tenía opiniones de algunas personas como Xirau. Después, con el tiempo me enteré, él mismo lo confesó públicamente, que el lector del libro había sido Carballo, y que lo había rechazado por malo. Pero no sólo eso; lo mandé a España y me dieron el premio Biblioteca Breve. ¡Caray!, Carballo publicó una crítica que a mí me dolió muchísimo y que me hizo entender mucho del fenómeno cultural en México.



Dijo que con el premio que me habían dado en España, este premio antes tan prestigiado había perdido todo su valor. Después conocí a Carballo y le dije que yo estaba de acuerdo en que no le gustara el libro, en que le pareciera malo pero que no podía llegar a afirmaciones tan determinantes, tan tajantes como esas. Yo pienso que tal como se hace la crítica en México no le sirve al escritor porque no le da argumento, no le da una visión más amplia y normalmente, así como las buenas críticas están muy adjetivadas, muy llenas de elogios, las malas críticas están llenas de adjetivos hirientes, son muy peyorativas. No le sirven ni al escritor ni al lector.

—¿Cuáles son los distintos canales de la crítica literaria en México? ¿Revistas especializadas, periódicos...?

—Serían todos los medios de comunicación, los periódicos, las revistas especializadas. Yo les tengo un gran cariño a estas revistas; son el medio natural de la crítica. La gente que se interesa por los libros va hacia ellas, siempre y cuando no estén muy cerradas al público. Los diarios o los noticieros de radio o de televisión lo que hacen es dar noticia de los libros, hacerles publicidad; no atienden mucho el renglón cultural. Creo que de los libros que se publican en México tenemos noticias, tal vez, de la tercera parte. Eso entraría dentro de las funciones que deben cumplir los diarios, dar la noticia de la publicación del libro, hacer lo que se llama una reseña. Pero eso no sucede, uno lo busca en las revistas especializadas, que a final de cuentas son para

la minoría; los tirajes son muy bajos y los lectores son los mismos para todas ellas. Los suplementos culturales supondrían la posibilidad de abrirse más, pero normalmente no son lo que deberían ser; no están lo suficientemente atendidos. Pienso que hay un cierto descuido en ellos para llegar a un público mayor. Ahora incluso hay algunas estaciones de radio, Radio Educación, Radio Universidad, que atienden mucho más que antes ese renglón.

—¿Estos problemas son exclusivos de México?

—Pues la verdad no sabría...

—¿Específicamente en América Latina, cómo se plantea este problema?

—Yo creo que esto se amplió mucho con el llamado "boom" de la literatura latinoamericana, donde se vio cómo, de pronto, un sector de escritores, de primera línea indudablemente todos ellos, sobresalía muy por encima de los demás. Yo a veces me admiro. ¡Lo que vende la publicidad! Vi una vez en un Aurrerá un montón de libros de *La cándida Eréndira...* de García Márquez... Hicieron cien mil ejemplares, ¡un tiraje de cien mil ejemplares! Es un tipo al que admiro muchísimo como escritor; yo a veces me pregunto si ese éxito está en relación con la calidad. Hay una gran diferencia entre lo que ha vendido *Cien años de Soledad* y lo que ha vendido una novela como *El obscuro pájaro de la noche* de José Donoso, por mencionar a un escritor de primera. Creo que es de 400 a 1 y la calidad no está en esa misma proporción. Creo que con el "boom" esto se dio mucho. Cuando se habla de la literatura hispanoamericana, sorprende oír hablar nada más de unos cuantos escritores, de esos que tuvieron mucha publicidad, cuyos libros fueron conocidos en muchos otros idiomas, y se deja de lado, se ignora, porque no se conoce, a escritores muy considerables. Creo que esto ocurre así, a nivel latinoamericano; hay muchos escritores que merecían tener una difusión tan grande como aquella. Esto, a final de cuentas, a lo que daña es al movimiento literario pues empiezan a salir los epígonos, los que quieren escribir

Es precisa la insurgencia moral contra la atmósfera estática que nos envuelve, la promoción de una crítica y de una autocrítica elementales. Y no porque vivamos en el más vil de los mundos, sino porque revela una indecorosa apatía no aspirar a uno menos malo; y porque, en definitiva, la causa que está en juego es nuestra causa, y en nuestra participación en ella va comprometida una común dignidad de hombres y de ciudadanos.

Jaime García Terrés
"La sociedad y sus críticos", 1958

como García Márquez o como esos modelos que parecen alcanzar no sólo la venta y no sólo la fama y el éxito sino la realización literaria. Al mismo tiempo se pueden observar muchos fenómenos reactivos que hacen que la gente piense que García Márquez no es tan bueno como dicen. ¡No es cierto!, es buenísimo, muy valioso, muy importante, muy interesante; pero de pronto, porque tiene fama, se le trata de increpar o de señalar defectos y de clasificarlo sólo como un fenómeno de publicidad ya alejado del valor literario. Yo veo ahora cómo entre los jóvenes escritores que están en los talleres literarios, hay reacciones muy en contra de García Márquez o contra escritores como Cortázar.

—¿La función de la crítica podría ser sobre todo necesaria en estos escritores que empiezan?

—Sí. A los escritores que empiezan uno los ve tan maltratados. Todos tienen que remar contra la marea. Es muy difícil.

—¿Cómo es la relación del crítico con el creador? ¿Conflictiva?

—Conflictiva, sí. Entonces, ¿qué pasa con un muchacho que se inicia como escritor? Pues que empieza a tener que hacerse amigos entre los grupos, hacerse amigo de los críticos, conocerlos, acercarse a preguntarles su opinión y entonces es cuando el crítico lo empieza a aceptar, lo empieza a valorar; no digo nada más que por que se hace amigo de él, sino porque empieza a conocer sus puntos de vista y lo valora mejor; entonces el muchacho ya se coloca dentro de la política cultural.

Ya podemos definir la crítica. La crítica es este enfrentarse o confrontarse, este pedirse cuentas, este conversar con el otro, con el que va conmigo.

Alfonso Reyes
"Aristarco o la anatomía de la crítica" 1941

—¿La crítica entonces lo que hace es marcar pautas?

—Sí, pautas a seguir y eso es terrible porque se empobrece mucho la literatura. Los experimentos formales no tienen ningún valor y no tienen ninguna importancia. Entonces el que tiene habilidad o el que podría descubrir nuevos caminos se aparta de ellos por alinearse un poco a lo que va siendo mejor valorado.

—¿Qué relación hay entre los premios y la crítica en México?

—Los premios son importantes sobre todo para los que empiezan. Dar premios a los consagrados no tiene sentido (con sus excepciones, claro, como el Premio Nacional de Letras, porque es el reconocimiento a una labor). Los que funcionan son los premios que se otorgan a los que empiezan, que les sirve de estímulo y para darse a conocer, ese trabajo tan pesado del escritor de darse a conocer, de conseguir que se publique un libro suyo. En algún tiempo he leído novelas para Diez-Canedo, para la Editorial Joaquín Mortiz. Es impresionante la cantidad de libros que le llegan; de ellos, digamos, aunque fuera el 20% son libros publicables, libros interesantes, libros valiosos que rebasan las posibilidades de edición que tiene la editorial. Yo creo que mientras el escritor no publica no puede avanzar. Si se supone que nada más se publican los estupendos, eso no favorece el desarrollo de los libros, que son todavía titubeantes, pero que merecen ser publicados. Los premios podrían ayudar en este problema, aunque sucede algo similar; de doscientos libros que acuden a un concurso sólo sale premiado uno. Es muy difícil.

—¿Y usted que tiene experiencia de la crítica tanto novelística como dramática, hay diferencia o es prácticamente lo mismo?

—Sí, sí la hay. Entran muchas consideraciones. La crítica de teatro, normalmente, cuando se hace, no se hace por gente interesada en el fenómeno del teatro; es gente que no conoce de teatro. Está un poco en función del espectáculo nada más. No conoce cuál es la relación del dramaturgo con el director y con los actores. Es una crítica mucho más pobre. Claro, el teatro tiene la ventaja de que es un acontecimiento que le llega al público de inmediato; y aunque sea poco el público que vaya, siempre será mucho más que el que acude a un libro.

